

**CONTRERAS, Francisco José, *Liberalismo, Catolicismo y Ley Natural*, Encuentro, Madrid, 2013, 351 pp.**

Dios es “liberal”, afirma Contreras (p. 35). Si se me permite, añadiría que quizá también sea católico, y me atrevería a sugerir que, con toda probabilidad, debe de ser ius-naturalista. Pero *Liberalismo, Catolicismo y Ley Natural* no es un libro sobre Dios. Tampoco es un libro sobre el hombre como un ser *en busca de sentido*, como fue definido por Frankl. Ni siquiera es un libro sobre nuestra capacidad de articular una organización social, jurídica y económica “decente”, esto es, acorde con las exigencias mínimas de la naturaleza humana. Pero Dios, el sentido de la vida y la idea de justicia son, desde mi punto de vista, los elementos esenciales que animan el libro de Francisco José Contreras, los elementos que están, como diría un fenomenólogo, “a su espalda”.

El título no engaña. Efectivamente, es un libro sobre las relaciones entre el catolicismo, el liberalismo y el iusnaturalismo y, por eso mismo, es un libro sobre la identidad de Europa, y sobre cómo ésta, fundada sobre el cristianismo, se diluye en la medida en que se aleja hostilmente de sus raíces.

Desde mi punto de vista, el libro del profesor Contreras puede ser leído como una interpretación de Europa construida sobre un diagnóstico de lo que Steiner ha llamado “nostalgia del Absoluto”. A Europa le pasa que le falta la idea de Dios. Contreras no se limita a diagnosticar (lo que no es ni fácil ni en absoluto irrelevante). También ofrece algunas claves para superar la actual crisis europea.

En *Liberalismo, Catolicismo y Ley Natural* se recogen diversos trabajos del autor, elaborados entre 2010 y 2013, y un imprescindible capítulo primero, escrito expresamente para esta edición, en el que el profesor Contreras aborda las relaciones entre el liberalismo (político y económico) y el catolicismo. El autor se pregunta si son compatibles. En su respuesta, afirmativa, no sólo encontramos razones para una mera “compatibilidad”.. se diría que únicamente en el contexto del catolicismo ha podido surgir y desarrollarse el liberalismo. Y que éste, a su vez, responde en última instancia a las exigencias de la antropología católica en los ámbitos político y económico.

La exposición de Contreras invita a una reflexión más profunda sobre el destino de Europa y su vocación en la historia del mundo. Una no puede evitar reparar en la fotografía de la portada del libro, que no puede ser más significativa: Ronald Reagan y Juan Pablo II sonríen, cada uno a su modo. En la mente de todos, la caída del muro de Berlín... Catolicismo y liberalismo tal vez no sean sólo doctrinas “compatibles”...

A continuación, en un bloque dedicado a “Europa”, el autor pone de manifiesto cómo nuestra crisis cultural no puede entenderse al margen de nuestro progresivo alejamiento del cristianismo. En esta clave se analizan tanto la ausencia del cristianismo del proyecto de Constitución europea (que sí mencionaba, en cambio, a Grecia, a Roma, a la Ilustración) como las tensas reacciones ante la aprobación del texto de la nueva Constitución húngara, que se limita a valorar positivamente el papel de la religión cristiana en la historia de Hungría.

Pero la idea de Dios no sólo está fuera de nuestros proyectos constitucionales. No por casualidad, creo, en este mismo apartado se incluyen dos trabajos sobre el “suicidio demográfico” europeo y sobre el lenguaje para la cultura de la vida en Europa (en el que Contreras realiza valiosas y concretas propuestas). Leyendo los asombrosos datos que aporta Contreras sobre el suicidio demográfico europeo, me viene a la mente otro suicidio, esta vez, literario y metafísico: el de Kirillov en *Los demonios*, de Dostoievski. La renuncia a la procreación entraña la afirmación total de la vida, la negación de la muerte, que, como bien ha señalado D’Agostino, quiere ser la negación del miedo... quien da muerte al miedo -afirma Kirillov- “se transformará inmediatamente en Dios”. Según Contreras, la diferencia social más relevante en las sociedades postindustriales es la diferencia entre “padres” y “no padres” (p. 85). Es tan relevante como que tras de ella descansan dos cosmovisiones radicalmente diversas. Se diría que seguimos procreando los pocos que quedamos “metafísicamente modestos” de modo más o menos consciente; los que no nos hemos planteado que la emancipación moderna fuera a terminar convirtiéndonos en dioses.

La segunda parte de la obra se titula “Catolicismo”. En ella se hace aún más explícita la tesis de la vinculación entre la crisis europea y su alejamiento de sus raíces cristianas. Así, en “Cristofobia y Antidiscriminación”, donde Contreras oportunamente advierte de los peligros de la discriminación “en nombre de la antidiscriminación”, en un lúcido

análisis de la paulatina quiebra de un principio fundamental para la supervivencia de nuestro modelo de Estado de Derecho y de nuestra idea de Europa.

La cuestión de Dios “hoy” se aborda explícitamente en un capítulo dedicado a San Juan de Ávila, en el que el autor destaca oportunamente la relevancia del papel de la Iglesia: la religión, ni privada, ni a la carta. Precisamente a este capítulo pertenece la siguiente descripción de la cosmovisión atea y materialista: “el universo sería un estornudo cuántico de la nada, y el ser humano una carambola fortuita de la química del carbono; la vida del hombre, una chispa de conciencia entre dos eternidades de oscuridad, sin un por qué ni un para qué” (p. 211). Me parece especialmente relevante la capacidad de Contreras para hacernos ver que también “esto” es una posición metafísica “fuerte”, aunque inviable desde el punto de vista de la experiencia. El nihilismo es literalmente “invivable”, afirma el autor (p. 211). Aún así, inspira fuertemente, de manera paradójica, no pocas manifestaciones de nuestra cultura contemporánea. Enlazo aquí con las reflexiones de Contreras en torno al discurso de la razón pública (cuarta parte del libro), donde el autor denuncia cómo ésta actúa como “ley del embudo” (p. 311 y ss), desactivando con carácter preventivo las tesis conservadoras mediante su descalificación como “cosmovisionalmente cargadas”. O sea, que se trataría de tesis que descansan en posiciones metafísicas “fuertes” y no compartidas por todos los ciudadanos... Exactamente lo que les ocurre a las tesis contrarias. El ejemplo del aborto ayuda a aclarar las cosas: la posición pro-choice no representa la más exquisita neutralidad ética frente al integrismo católico pro-life. Ambas se basan en presupuestos metafísicos previos y, o las dos se excluyen del debate (lo que no me parece viable, dado el carácter esencialmente público de la cuestión) o se incluyen ambas por igual, sin que sea lícito consentir que las reglas del juego excluyan ya de antemano del orden del día las ideas que se salgan del credo de lo políticamente correcto.

También en esta parte del libro encontramos las reflexiones del autor en torno a la Universidad, la Ciencia y el papel de la Iglesia, recogidas bajo el título “La Iglesia, la Universidad y la confianza en la razón”. Esa confianza en la que encuentra sentido la vida universitaria y que ha permitido el desarrollo científico se ha desarrollado en Europa (y no en otras partes del mundo) porque forma parte de la idiosincrasia del cristianismo. La idea de un Creador racional nos habla de una Creación inteligible, explorable, comprensible... y por eso (una vez más) la ausencia de la idea de Dios nos aboca al “eclipse de la razón” (p. 174). Por lo demás, toda una lección para los defensores del Espacio Europeo de Educación Superior que crean haber descubierto la pólvora (si es que queda alguno...). En esa universidad medieval “creada y tutelada por la Iglesia” (p.159) ya se habían inventado los “programas de movilidad” para profesores y alumnos, y el “aprendizaje centrado en el estudiante”, y se superaban con creces los estrechos límites pedagógicos de la “lección magistral”.

La tercera parte del libro se titula “Liberalismo”, y en ella se ponen de manifiesto las debilidades “culturales” del discurso liberal en Europa, tanto más obvias cuanto se muestran en comparación con los términos en los que se desarrolla el debate conservador en los Estados Unidos (“El conservadurismo norteamericano como modelo para el centro-derecha europeo”).

En el análisis que Contreras realiza del liberalismo europeo destacaría absolutamente su propuesta de un liberalismo “pro familia”: “hace falta una nueva síntesis que introduzca un fuerte vector pro-familia en el cuerpo teórico del liberalismo” (p. 289). El autor no sólo reivindica el aspecto económico de la cuestión, también y, sobre todo, se trata del “reconocimiento cultural” que los “últimos padres” merecen (p. 293).

El papa Francisco acaba de poner de relieve, en su discurso ante el Parlamento europeo, que una de las claves esenciales del futuro de esta Europa "cansada" es la inversión en la familia, el reconocimiento de su papel esencial en la sociedad. El futuro de Europa, ha dicho, depende en buena medida de nuestra capacidad para rescatar la dimensión trascendente de la dignidad humana. Y es que esa dimensión significa, sobre todo, entender al hombre como un ser relacional (que, por eso mismo, comienza su historia como hijo). En una Europa que reniega de la trascendencia resulta casi imposible percibir hasta qué punto "somos" en la medida en que "somos para alguien". Una vez más, la ausencia de lo Absoluto es la clave última que nos ayuda a descifrar el presente de Europa.

Obviamente, para los que nos dedicamos a la filosofía del derecho, la última parte del libro, dedicada a la "ley natural" reviste un interés especial. No sólo porque, como ya he mencionado, el autor hábilmente destapa las falacias y las trampas del discurso de la "razón pública", sino porque también nos pone alerta de los riesgos de "acomodarnos" en el pensamiento post-positivista. Tras la positivación de la moral, esto es, con la incorporación de los principios y los valores a los textos constitucionales de la segunda postguerra mundial, cualquier jurista podría pensar: "estamos salvados!" (p. 327). Salvados de la arbitrariedad, de la injusticia, de la pesadilla totalitaria... El problema es que también nosotros, los filósofos del derecho, nos demos un respiro, mecidos por el suave vaivén de los valores positivizados, los principios del sistema y las válvulas de seguridad neoconstitucionales... Contreras nos despabila con una dura crítica al modelo dworkiano de jueces hercúleos de milagrosa omnisciencia ética, crítica desde mi punto de vista totalmente merecida, pero que pone sobre la mesa un problema que queda en el aire: el de encajar en el planteamiento "neoiusnaturalista", que el autor propone, el efectivo y real protagonismo del juez (y con él de los restantes operadores jurídicos) en el "hacer" el derecho, entendiendo que el derecho es básicamente eso, un "hacer".

En cualquier caso, a mí siempre me ha resultado paradójico que después de tantos siglos de pensamiento jurídico, dedicado en buena parte a la reflexión sobre la justicia de las normas, resulte que era una norma la solución (y no el objeto) de los problemas de la filosofía del derecho... Contreras da en el clavo cuando afirma que terminaremos tributando a la Constitución el mismo tipo de "veneración incondicional" que el jurista decimonónico brindaba a la ley ordinaria. Porque, a mi juicio, de eso se trata, del "venerar" como ineludible acto humano, y de lo que se vuelve "venerable" en una Europa donde (de nuevo) Dios ha desaparecido del escenario... Y de los riesgos que esto entraña, obviamente.

Se atribuye a C.S. Lewis aquello de que "leemos para saber que no estamos solos". Si usted, amable lector, es uno de esos "últimos" a los que Contreras se refiere (último padre o madre; último creyente, con más o menos fe, en la verdad; último buscador, más o menos corajudo, del sentido de la vida) no debería dejar de leer este libro.

Y si no lo fuera, debe leerlo con mayor razón. Contreras no es políticamente correcto, pero tampoco es gratuitamente provocador. No tiene reparos en exponer públicamente sus propias crisis ideológicas (p. 245 y ss), ni teme reconocer la verdad cuando se la encuentra, aunque sea en el supuesto "adversario" ("pero si tienen razón!" p. 246). Creo que ambas cosas le retratan como un intelectual tolerante, en el sentido más genuino de la palabra (que incluye, como nos recuerda Popper, la asunción de que la verdad *existe*). No creo que puedan darse mayores garantías para un diálogo fecundo con quien piensa diferente.

MARTA ALBERT